

ESPECIAL

Un año más, los críticos de El Cultural han revisitado, sin nostalgia ni acritud, el 2007 cultural. Su selección y análisis ha mantenido la independencia y el rigor que caracterizan sus reseñas en todas nuestras secciones,

al elegir lo mejor de lo publicado este año en castellano tanto en el apartado de ficción (Crematorio, de Rafael Chirbes) como en el de poesía (Eros es más, de Juan Antonio González-Iglesias) y de ensayo (El olvido de la razón, de Juan José Sebrelli); la exposición más relevante, la antológica de Luis Gordillo en el Reina Sofía; el tea-

Lo mejor de 2007

tro más innovador, con Misterio del Cristo de los Gascones, dirigido por Ana Zamora, a la cabeza; un cine español que apunta al futuro con La soledad de Jaime Rosales, mientras que en la pantalla internacional desta-

ca Promesas del este de Cronenberg, o la mejor música de montajes como El oro del Rhin y La walkiria, con un protagonista como el director de orquesta Gustavo Dudamel. Y, en el año de la Ciencia, nos detenemos en el hito escogido por nuestros colaboradores: las células madre no embrionarias y sus asombrosas aplicaciones.

LETRAS

Crematorio / El olvido de la razón
Rafael Chirbes / Juan José Sebrelli

ARTE

Luis Gordillo
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

TEATRO

Misterio del Cristo de los Gascones
Ana Zamora

CINE

La soledad / Promesas del este
Jaime Rosales / David Cronenberg

MÚSICA

El oro del Rhin/La Walkiria / Gustavo Dudamel
Palau de les Arts de Valencia / Director de Orquesta

CIENCIA

Células madre no embrionarias

Rafael Chirbes

“Crematorio me ha llenado de dudas y me ha tenido en un pozo oscuro durante muchos meses”

Despojados de todo, incluso del bigote que durante décadas ha sido su seña de identidad, Rafael Chirbes (Tabernes de Valldigna, Valencia, 1949) vive en Beniarbeig, un remoto pueblo valenciano, ajeno a la vida literaria y sus miserias. También a sus sorpresas: este año los críticos de narrativa en castellano de *El Cultural* han elegido su última novela, *Crematorio* (Anagrama) como el mejor libro de ficción del año. Literatura pura y dura, sin leves historias de amor, ni códigos perdidos ni aventuras imposibles. Escéptico y feliz, no se lo acaba de creer.

Aunque coquetea con la imagen de un viejo lobo estepario, Rafael Chirbes es amable hasta el asombro, y tan simpático como sincero. Por eso, confiesa que, a pesar del éxito de la novela, *Crematorio* le sigue resultando uno de sus libros más antipáticos...

—Algunos padres acaban teniendo manía al hijo que ha hecho sufrir a su madre durante el embarazo o que ha puesto en peligro su vida en el parto. Algo de eso pasa con *Crematorio*: me ha llenado de dudas y me ha tenido en un pozo oscuro durante muchos meses. Así que no consigo reconciliarme con ella. Me devolvía una imagen tan desoladora, que llegué a preguntarme si no era inmoral publicarla. Pero no sólo es lo que cuenta. La novela se me ha escapado también en la forma. Me gustan los libros que dejan sensación de claridad (por amarga que sea), y éste es una especie de turbulenta torrencera.

—¿Y cómo fue el trabajo en esa torrencera, cuáles sus principales problemas?

—El trabajo consistió en poner en ese lugar especial que es la novela algo que está tan al alcance de la mano del periodismo o de la polí-

tica. Estilicé el espacio, la geografía, detuve el tiempo, vacié el texto de cualquier trama que no fuera la propia tensión del lenguaje. No quería hacer una novela policiaca, ni contar que hay corrupción y ladrillos por todas partes. Quería contar el estado del alma humana, la mía, la nuestra, en un mundo así.

—¿Qué le dijo su editor de siempre al leerlo?

—Le envié la novela preguntándole si debía guardármela en un cajón y me sorprendió con una carta en la que decía que era de las mejores que había leído en mucho tiempo. Me dejó KO.

—Una cita de *El Conde de Montecristo* abre y cierra la novela: “Lo más bello y grande que puede hacer un hombre es recompensar y castigar”... ¿Con qué, con quién ajusta cuentas con esta novela?

—No hay ajuste de cuentas, sino un intento de inmersión en lo que me rodea y en mí mismo. Un ejercicio de realismo. Salir de esa maraña engañosa que permite creerse a mucha gente que todo es culpa de otros —la terrible derecha—, esa corrupción, la subnormalización o infantilización (con perdón para los niños) de un país en el que si pones

la radio el domingo por la tarde sólo puedes oír fútbol. Como si los predicadores buenistas no tuvieran el poder cultural, político y un buen pellizco del económico.

Una mezcla de miedo y pereza

—¿Tampoco ha escrito “contra sí mismo”, o contra sus lectores?

—Escribo contra mí mismo o sobre mí mismo, porque formo parte de esa tribu. Y, aunque procure no hacer cosas que me den demasiada vergüenza, tampoco rompo la baraja. No sé si por una mezcla de miedo y pereza (hace tanto frío fuera), o porque no se me ocurre nada que no sea escribir. Ni siquiera sirvo para mucho más. Me gusta que los lectores desconfíen de mí, de los escritores, de la cultura, que es una forma de imponer sensibilidades, visiones del mundo. La buena letra es el disfraz de las mentiras, dice la protagonista de una de mis novelas.

—En estos tiempos confusos en los que el hombre está desoladamente solo, ¿el arte y la literatura no valen nada? ¿No hay motivos para la esperanza?

—La bestia humana se reproduce y roba y mata (*Crematorio* está llena de imágenes de esas guerras que

“Yo no tengo muchos ánimos, casi ninguna esperanza, pero sé que, si no escribo, no soy nada. Palabras que se lleva el viento, humo. Pero, para hacer algo bien hecho, tienes que tener una idea del mundo en la cabeza”

suenan al fondo), pero también trabaja, hace cosas útiles, hermosas, y, en ciertos momentos, piensa con la razón, busca la justicia. Algunos hasta luchan por ella. Cómo no tener esperanza si vemos a la gente trabajar por un salario. Es tan conmovedora la lucha por la subsistencia de cualquier ser vivo. Demasiadas veces piensas que la literatura es nada, aire, mentira, pero luego lees a Balzac, a Tolstoi, y te dices, ¿qué sería de nosotros sin ella?, ¿qué sabríamos del mundo sin ella? Sin Galdós ni Goya, apenas existiría la España del XIX.

—¿Y cómo hemos acabado aquí, sin valores, sin ideales? ¿Quizá porque “aspirar es fracasar”?

—Aspirar es fracasar en unas cosas, pero es la única manera de hacer otras, y sólo lo que se hace queda. Yo no tengo muchos ánimos, casi ninguna esperanza, pero sé que, si no escribo, no soy nada. Palabras que se lleva el viento, pensamientos difusos, humo. Pero, para hacer algo bien hecho, tienes que tener una idea del mundo en la cabeza. Hemos acabado sin valores porque hemos aceptado tocar la música de una partitura que nos parecía despreciable, porque tocar la música que teníamos en la cabeza era difícil y, sobre todo, peligroso.

—¿Hasta qué punto la corrupción (urbanística, familiar, política, cultural) se ha apoderado de todo, y “todo es impostura hoy”?

—El modelo es ése. No deja márgenes. O lo coges entero o te quedas

fuera. Aceptamos que las grandes mafias políticas internacionales nos representen en los parlamentos; o que los beneficios de la banca suban el 40% en un año mientras los sueldos de los jubilados lo hacen en quince o veinte euros al mes. Aceptamos la gran injusticia cotidiana, por miedo a algo peor. Nunca he vivido tan bien como vivo ahora. No le hago daño a nadie. Dejemos las cosas como están.

A la deriva

—¿Qué le ha prestado de sí mismo a Brouard, el escritor fracasado, que piensa que ha quemado su vida “por unas cuantas páginas perdidas entre siete u ocho mil”?

—Brouard comparte conmigo unas tormentosas relaciones con la literatura —porque contigo me matas y porque sin ti me muero—, y la misma sensación de que resulta imposible librarse del pecado original que a todos nos consume. Se cansa Brouard del esfuerzo que hay que hacer para encontrarle sentido a todo esto que no lo tiene y va a la deriva. Comparte también conmigo ese confuso sentimiento de saber que nunca habíamos tenido tanto de todo y que, sin embargo, nunca habíamos pensado que la muerte iba a pillarnos tan solos.

—“El don no es nada; o lo es todo, si tienes cuidado de añadirle la disciplina”. ¿Cuánto de talento, de inspiración y de sudor, hay en su obra?

—No creo demasiado en la ins-

piración. Creo en cierta inclinación hacia un oficio, hacia un arte; en ciertas dotes. Pero luego todo eso tienes que alimentarlo para que no se seque: un escritor se carga mirando, leyendo. Aprende —aunque sólo sea de forma intuitiva— del instrumental que le brindan los demás. Y, sobre todo, trabaja, se esfuerza, sufre, fracasa, intenta una y otra vez. Además, siempre tienes la sensación que tiene el jugador que se acerca a la ruleta: empiezas cada vez de cero. Una buena novela no te prepara para otra mejor. Es más, lo poco que sabes se te convierte en lastre, en obra muerta que debe desplazar el motor del nuevo libro.

—Una generación que luchó contra el franquismo y que luego alcanzó el poder asume hoy sus componendas con la realidad, pero ¿cómo se acepta que esto no admite cambios, que “no pintamos nada”?

—Yo veo muy satisfecha a la gente con poder. Se homenajean unos a otros: cómo conseguimos parar el golpe de estado, cómo implantamos la democracia, cómo hemos modernizado este país. Han hecho dócilmente lo que la máquina les exigía, y son los héroes de nuestra historia reciente. Nadie habla de las decenas de miles de trabajadores —los mejor preparados— que no aceptaron las componendas, y cuya intervención social contemporánea se limita a dar gritos en la barra del bar el domingo por la tarde si marca su equipo. Pero, siempre es

así. La revolución —en este caso, la transición— devora a sus mejores hijos. Lo cuentan las novelas.

—¿Recuerda cuándo decidió darle una patada en el culo a Peter Pan?

—No sé si he dado esa patada. Aún me sorprende boquiabierto mirando las figuritas del retablo. No acabo de enterarme de lo que los personajes más cínicos de mi novela hace ya meses que saben. Claro que, luego, por la noche, me veo poniéndome el pijama, me quito los calcetines, y me digo: Esto es lo que hay. Entonces me levanto, me pongo música, cojo el libro que tengo empezado, y que tanto me está gustando, y, en ese silencio, no hay Peter Pan que valga.

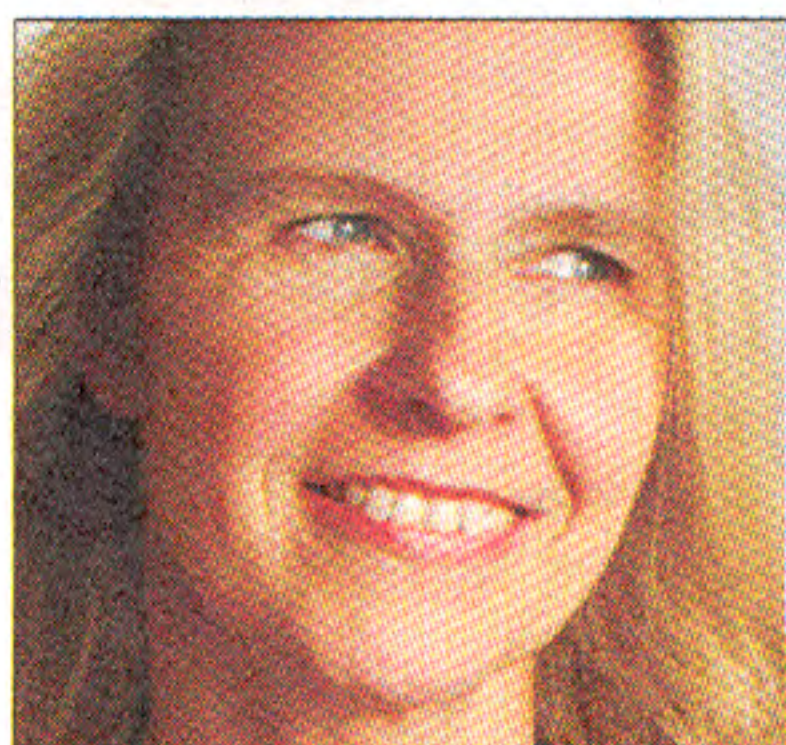
Una princesa llamada Al Gore

—¿Es la ecología tipo Al Gore una respuesta a los males de este mundo u otra perversión del sistema?

—Gore, Solana, Rato, Giscard (¿Te acuerdas de Kissinger, de Gorbachov?). Esos son como *Os grandes expressos europeus*, aquellos trenes que paraban un momento en la estación, y detrás de cuyas ventanillas se movían señoras elegantes, y relucían las lucecitas de las mesas del vagón restaurant. Luego, los trenes se marchaban y el andén se quedaba a oscuras, una cosa como de *Bienvenido Mr. Marshall*. Un lujoso circo ambulante que pasó por aquí y en el que el propietario es a la vez la gran estrella. Gore seguramente preferiría estar en el despacho oval, pero qué se le va a hacer. Si no es reina, al menos princesa.

—Cuando publicó *Mimoun*, en 1988, éramos, un país “socialdemócrata-feliz”. ¿En qué y por qué también hemos ido a menos?

—No hemos ido a menos. Hemos superado a los italianos en renta *per cápita* y tenemos un parque móvil que es la envidia de nuestros vecinos. Lo que ha ocurrido es que se ha



Cornelia Funke

6.000.000 de lectores han quedado ya atrapados en el mágico y secreto **Mundo de Tinta** de Cornelia Funke.

Descúbrelo leyendo **Corazón de Tinta**, **Sangre de Tinta** y próximamente... **Muerte de Tinta**
¿Te atreves a vivir esta aventura?

Ediciones Siruela Las Tres Edades

Otros títulos de la autora en www.siruela.com



degradado casi todo. Es lo que pasa cuando se deja de pensar. Un pueblo que piensa es peligrosísimo. Pero un pueblo que deja de pensar se vuelve insoportable. Como ellos soportan poco al pueblo, lo prefieren así, pero para quien aspira a ser ciudadano de a pie resulta un coñazo insoportable aguantar la idiotez a todas horas.

Sentido ético del arte

—¿Cómo se explica que en países como Alemania disfrute de una gran popularidad mientras que en España sigue siendo un secreto para iniciados?

—No lo sé. Quizá aquí los escritores están más ligados a los grandes grupos mediáticos y los que van a su bola lógicamente suenan menos.

Pero también es verdad que, en España, la novela es un arte inane, una cosa como de vasito de agua y ansiolíticos en la mesilla de noche. No mueve ningún debate público (ningún arte lo hace). En

Alemania, la novela —cualquier arte— participa de algún modo en lo que se llama la construcción del país. El arte cobra sentido público. Se descifra como un mensaje ético. En España, la única polémica sobre ética se produce en los programas rosa. Todo el mundo lo sabe, se queja, pero la locomotora sigue su viaje. Un día vendrán con alguna medida legislativa buenista.

—¿Y por qué cree que aún se le considera un autor de novelas de posguerra, cuando nos habla del hoy más polémico y terrible?

—A esa pregunta no está bien que responda yo. Seguramente el sambenito está en relación con lo que planteabas en la pregunta anterior, a la que tampoco debería haber respondido. ¿Formas de domesticar al tigretón hasta que se aviene a pasar por el aro? Si ape-

nas salgo de casa y no escribo en la Prensa. ¿Te acuerdas de aquello que decía San José María Escrivá de la madera de santo? Hoy escriben de la madera del santo monclovita canosos cachorros jubilados de la revolución. Servidor nunca ha escrito nada al dictado de esos santos de madera, ni de los otros, que son de escayola pintada. Hablo de lo que veo con mis ojos: mucho pecador irredento.

—¿Es *Crematorio* una crónica sentimental de la generación que pudo cambiar la historia y ahora coquetea con al jubilación?

—Como todas las anteriores novelas mías, *Crematorio* ha nacido como respuesta a lo que veo en mí y a mi alrededor. Y, sí, si miro hacia atrás, a estas alturas me doy

cuenta de que, en mis libros, he contado la biografía de una generación. Hablé de sus padres en *La buena letra* y *Los disparos del cazador* (también de cómo los traicionaron), los hice

nacer en *La larga marcha*, y ahora los acompaño en el último viaje con música de Bach o de Shostakovich. Confieso que ha sido sin querer. Y, por lo que dices de la jubilación, pues sí. A la espera de los 65, y de esas telarañas que vienen luego y que se tejen en un mundo que no se parece para nada al que soñó Peter Pan.

—¿Qué puede adelantarnos de su próximo proyecto, al parecer un libro sobre el trabajo?

—No puedo adelantar nada, porque no hay nada. Creo que dije algo así en alguna entrevista. Una novela sobre el trabajo, como *Gran Sol*, de Aldecoa. Creo que dije que nos queda el trabajo como forma de redención: el albañil que tapa con bardos la boca del nicho.

“ En España, la novela es un arte inane, como de vasito de agua y ansiolíticos en la mesilla de noche. No mueve ningún debate público ”

Libros ficción

Un año más, la cosecha narrativa en castellano presenta pocas sorpresas: sólo *Crematorio*, de Chirbes, *La muerte de Luciana B.*, de Guillermo Martínez, *La ofensa* de Menéndez Salmón y *La última hora del último día*, de Jordi Soler rompen la nómina casi monótona de autores seleccionados, año tras año, como los mejores. Sin embargo, una nueva generación (Mario Cuenca Sandoval, Vicente Luis Mora) pide paso.

1. CREMATORIO

RAFAEL CHIRBES

ANAGRAMA. BARCELONA, 2007. 427 PÁGINAS, 20 EUROS

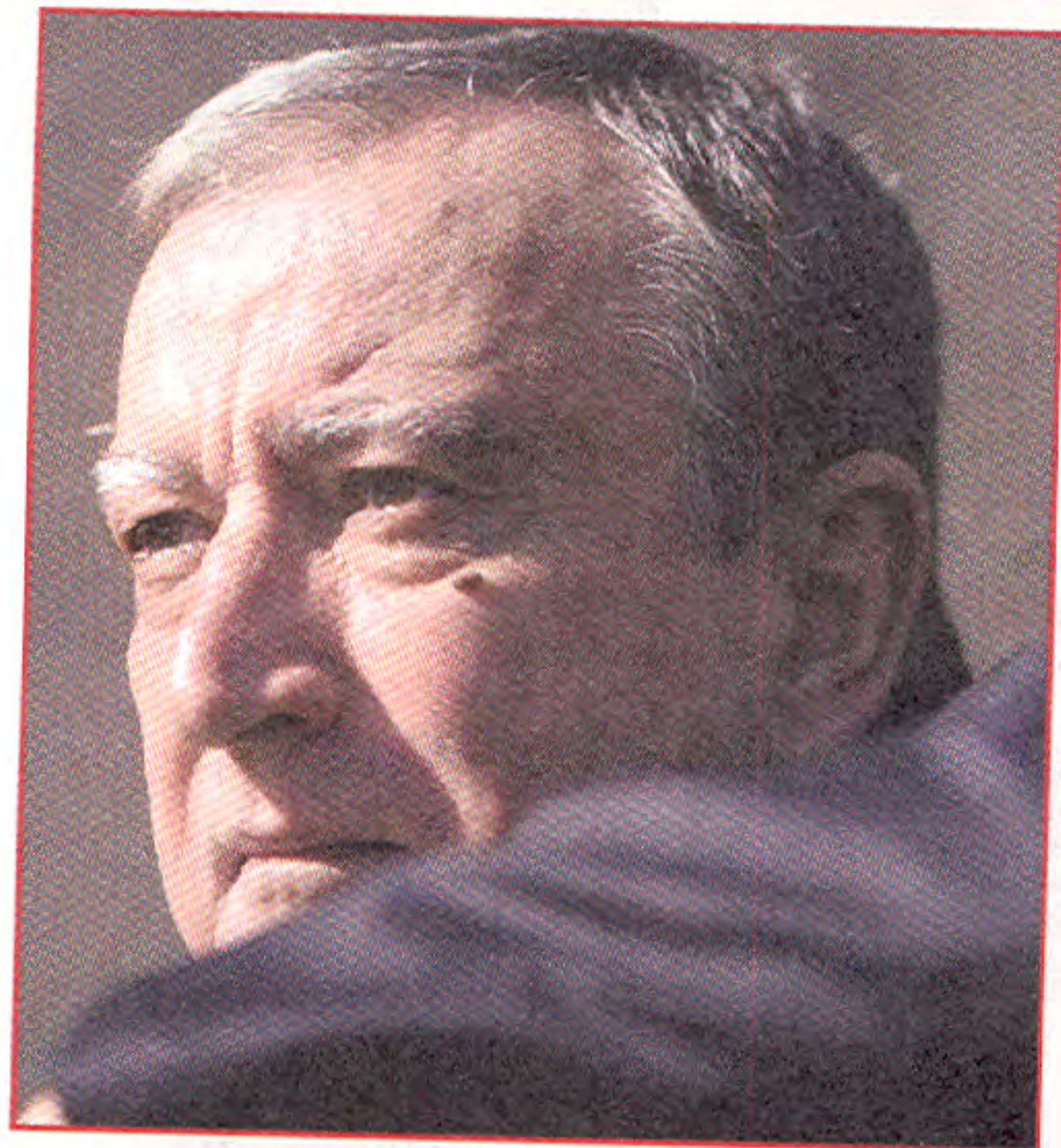
Autor de culto, Rafael Chirbes (Tabernes, Valencia, 1949) prosigue en *Crematorio* su revisión crítica de la sociedad española con una novela "excelente, la mejor de Chirbes y una de las mejores de la literatura española en lo que va de siglo", en palabras de Ángel Basanta, que en su reseña apuntó que se trata de "una novela necesaria en este tiempo de levedad, frivolidades y desmemoria. Porque su narración abor-

transición, que pactó con la izquierda que despreciaba por traicionar sus ideales, y que acabó retirándose a su pueblo natal, Misent, para reinventarse convertido en ecologista. Su repentina muerte remueve todos los recuerdos, todos los rencores de una familia enfrentada a muerte.

Ahí, en Misent, había quedado su hermano mayor, Rubén, un constructor sin escrúpulos que se

soñó arquitecto solidario y acabó destruyendo el litoral valenciano con sus promociones urbanísticas, y que no dudó en coquetear con el tráfico de drogas para levantar su imperio. Queda también su sobrina Silvia, que hace compatible su izquierdismo con una vida de lujo que paga su odiado padre; queda su marido, Juan, un catedrático que prepara la

biografía de Federico Brouard, escritor alcoholizado y viejo amigo de los Bertomeu. Quedan también todos aquellos a los que Rubén ha dejado en el camino. Con estos personajes, Chirbes monta un guiñol devastador a vueltas con el fin de los ideales, el fracaso de la familia, los desastres de la especulación inmobiliaria, o los espejismos del sexo. Tan terrible como fascinante.



da con valentía y lucidez los turbios negocios perpetrados por el capitalismo desaforado en estos años y profundiza en las íntimas y dolientes paradojas y contradicciones del ser humano contemporáneo".

Todo comienza con la muerte de Matías Bertomeu, un hombre que vivió entregado a su compromiso con la revolución durante los últimos años del franquismo y la

2. EL CORAZÓN HELADO

ALMUDENA GRANDES

TUSQUETS. BARCELONA, 2007. 936 PÁGINAS, 25 EUROS



"*El corazón helado* es una novela en el sentido más clásico del término. Es, de principio a fin, una obra de ficción, y sin embargo no quiero ni puedo advertir a los lectores que cualquier semejanza de su argumento o sus personajes con la realidad sea una mera coincidencia. Lo que ocurre es más bien lo contrario. Los episodios más novelescos, más dramáticos e inverosímiles

de cuantos he narrado aquí, están inspirados en hechos reales" (pág. 924). Con esta declaración en la "Nota de la autora" presentaba Almudena Grandes esta novela, la más ambiciosa de las suyas y la mejor, tanto por la ingente articulación de historias, sentimientos, pasiones y emociones en su contenido, como por el artístico maridaje de tradición y modernidad en su estructura narrativa. Un relato colosal, desbordado, que, como destacó Ángel Basanta al reseñar el libro, "combina con eficacia la narración, que mantiene su interés de cabo a rabo; la descripción matizada y el diálogo, como vehículo de desnudamiento de almas. Sin duda es una novela desmesurada, muy novelera. Una gran novela".

3. EL PADRE DE BLANCANIEVES

BELÉN GOPEGUI

ANAGRAMA. BARCELONA, 2007. 352 PÁGINAS, 19'50 EUROS



"Aun a riesgo de que se me malinterprete, me atrevo a decir que si Galdós viviera hoy, escribiría una novela como ésta de Belén Gopegui". Así de tajante comenzaba la reseña de Santos Sanz Villanueva sobre *El padre de Blancanieves*. Considerada por Umbral la mejor narradora de su generación, Belén Gopegui narra en esta novela lo que ocurre en una familia cuando

la madre, profesora de instituto, provoca sin querer el despido de un ecuatoriano que trabaja en un supermercado y que se le presenta en su casa. Hasta que no le consiga un trabajo, dice, no se librará de él. A partir de esta anécdota, y del cataclismo que ocasiona en una familia convencional pero con mentalidad de izquierdas, la autora reflexiona sobre el amor, la lucha social, la ecología, las falsedades del sistema y los problemas de la familia actual. A fin de cuentas, se trata de un relato que "es una obra seria e importante que debe leerse porque, además de resultar amena por el interés de la trama que la alimenta, urge a reflexionar sobre la realidad".